

Rusty y sus amigos no tenían muchas expectativas de aventura para este año, hasta que aparece un nuevo profesor obsesionado por la luna.

¿POR QUÉ ESTÁ TAN INTERESADO POR LAS NOCHES DE PLENILUNIO?

Sospechosamente, desde hace algún tiempo cada noche con luna llena extraños acontecimientos suceden en la ciudad, y varios profesores sufren ataques misteriosos. Se trata de algún animal que anda suelto tal como dicen los adultos... ¿o quizá es algo más siniestro y peligroso?

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Creepílogo

Sobre el autor

CAPÍTULO 1

Era un día soleado de primavera cuando la escuela primaria de Crowcester abrió de nuevo sus puertas después de las breves vacaciones de Pascua. Los chicos, en parte fastidiados por volver a clase y en parte contentos por reencontrarse con sus amigos, entraban en tropel en el viejo edificio de ladrillo granate. Avanzaban por los pasillos, riendo y gastándose bromas.

Ninguno de ellos le prestó atención a un niño pelirrojo, pecoso y con gafas de culo de botella que estaba frente a las taquillas, mirando hacia la entrada con aire nervioso, como esperando algo.

De pronto, algo duro y fino como los dedos de un esqueleto le arañó la nuca con suavidad. Sintió un escalofrío.

Sobresaltado, el chico se volvió. Una niña delgada, con gafas y cabello castaño recogido en una cola de caballo lo miraba, sonriente. Tenía una ramita en la mano.

—¡Hola, Rusty!

—¡Rose! ¡Qué susto me has dado! No te he visto llegar...

—¿Cómo me ibas a ver? ¡Siempre estás en la Luna! ¿Qué tal las vacaciones?

—Pues me he quedado ayudando a mi padre en la tienda. Un sueño hecho realidad, vaya. ¿Y tú?

—He ido al pueblo de mi abuela, como siempre —respondió Rose.

–Uf. Vaya muerdo, ¿no? –comentó Rusty.

–¡Qué va, para nada! –contestó la chica–. Está en un ecosistema de matorrales muy interesante. Mira, mira lo que he recogido allí –añadió, alzando la ramita.

–Ah. Un palito –observó Rusty, sin el menor entusiasmo.

–El palito no, memo –dijo Rose con cara de exasperación–. Lo que hay en el palito. Son *Eciton malababus*.

Extrañado, el muchacho se acercó para echarle un vistazo. En efecto, numerosos insectos parduzcos con grandes antenas y fieras mandíbulas serradas pululaban por la ramita.

–Hormigas carnívoras –agregó Rose con una sonrisa radiante.

–¡AAAH! –chilló Rusty–. ¿Me has tocado el cuello con eso? Pero ¿DE QUÉ VAS?

Comenzó a pegarse palmadas en la nuca y en los hombros, en lo que parecía un baile desenfrenado que hizo reír a varios de los chicos que había cerca.

–Tranquilo. No muerden –le aseguró Rose–. Bueno, a menos que las irrites.

Rusty se quedó quieto de inmediato. Más valía no seguir tentando a la suerte.

–Pero ¿dónde vive tu abuela? ¿En la selva tropical?

–Lo he traído para la clase de ciencias –dijo Rose, sin hacerle caso, contemplando las hormigas–. Espero que le guste a la señorita Sprout.

–Aparta eso, por favor –le suplicó Rusty. Mientras ella abría su taquilla para guardar la ramita, añadió–: Por cierto, he oído que la señorita Smith, la de mates, ha pedido la baja por maternidad, y que hoy vendrá un profe nuevo.

–¿Eso era lo que esperabas con tanto interés? –preguntó Rose.

–Sí –respondió él, dirigiendo de nuevo la vista hacia la entrada–. ¡Mira, debe de ser ese! –señaló.

Un hombre con bigote, gafas redondas, traje con chaleco, pajarita y un maletín en la mano acababa de cruzar el umbral y caminaba por el pasillo. Se detuvo ante la puerta de la sala de profesores, la abrió y desapareció dentro.

–Menuda pinta –comentó Rusty.

–Pues a mí me parece bien –dijo Rose con los labios fruncidos en un gesto de aprobación–. Así es como debe vestir un profesor. Inspira más respeto.

Rusty la miró con cara de extrañeza.

Sonó el timbre que indicaba el comienzo de las clases y todos se dirigieron a sus respectivas aulas.

A primera hora tenían ciencias de la naturaleza, con la señorita Sprout. La mujer, menuda y con una melena rubia despeinada, llevaba una blusa holgada de colores, un chaleco de gamuza, vaqueros acampanados y sandalias de plataforma. Acabó subida a una silla, aterrada, cuando Rose se colocó al frente de la clase para mostrarle las *Ecton malababus*, gritándole que se llevara eso de ahí. La chica regresó a su pupitre, frustrada.

–Qué poco espíritu científico –le susurró a Rusty, que estaba sentado a su lado.

–NI SE TE OCURRA VOLVER A TRAER BICHARRACOS A CLASE –vociferó la señorita Sprout desde lo alto de la silla. Empezó a bajar con cautela–. Bien. Tengo algo que anunciaros. Quería que fuera una sorpresa, pero hoy me siento generosa –dijo, alisándose la blusa como si no hubiera pasado nada–. Mañana tenéis un examen que cubrirá todo lo que hemos visto desde el principio del curso. Así que ya podéis ir estudiando.

Se oyeron gruñidos de protesta entre las filas de pupitres.

–Oye –le dijo Rusty a Rose en voz baja–. ¿Me dejarás que...?

–Rusty, no te haría ningún favor si te permitiera copiar en el examen –lo interrumpió ella–. Tienes que conseguir

las cosas con tu propio esfuerzo.

Rusty se apoyó la mejilla en la mano, refunfuñando.

Más tarde, tenían clase de educación física en el patio. El señor Pector, un hombre corpulento y calvo con un silbato colgado del cuello, los hizo correr por un circuito de obstáculos, gritándoles que fueran más deprisa. Rusty, que tenía dificultades para arrastrarse por debajo de la red y saltar de un aro a otro sin tocar el borde, se iba rezagando. Cuando llegó frente a una pared de madera de un metro y medio de altura que había que trepar con la ayuda de unas cuerdas, se detuvo, resollando.

—¿Qué le ocurre, Jones? —le gritó el señor Pector, que siempre había querido ser sargento del ejército para humillar a los soldados pero no lo habían dejado alistarse porque tenía los pies planos—. ¿Se ha puesto demasiada miel en las tortitas esta mañana?

—No..., no, señor Pector —jadeó Rusty—. Es que no puedo...

—¿«NO PUEDO»? —rugió el hombre—. Jones, esa frase está TERMINANTEMENTE PROHIBIDA en mi clase.

—Pero...

—NI PERO, NI PURO —bramó el señor Pector—. Ahora, como castigo, va a subir y bajar por esa pared cuatro veces.

Al oír esto, Rose, que acababa de escalar la pared y saltar al otro lado, dio media vuelta y se acercó a Rusty y al profesor.

—Disculpe —señaló—, pero eso no tiene lógica. Si no puede subir una vez, menos aún va a ser capaz de hacerlo cuatro...

—¿LÓGICA? —rugió de nuevo el hombre—. ¿Desde cuándo sirve LA LÓGICA para estar en forma, señorita Cotten?

–Hombre, pues desde que se desarrolló la ciencia de la actividad física y el deporte... –contestó Rose.

Con un gesto contundente, el profesor les señaló las colchonetas.

–Castigados. Treinta abdominales.

–¿Los dos? Pero...

–Cincuenta.

–Gracias por defenderme –le dijo Rusty cinco minutos después, mientras los dos hacían los abdominales–. Pero tal vez habría sido mejor que te hubieses quedado calladita...

–La verdad es que el profesorado de este colegio deja mucho que desear –masculló Rose, sudando la gota gorda.

CAPÍTULO 2

Las dudas sobre el nuevo profesor no tardaron en despejarse. A primera hora de la tarde tenían clase de matemáticas. Cuando todos los chicos estaban sentados en sus pupitres, mirando hacia la puerta del aula con expectación, el hombre del traje y la pajarita entró. Se acercó a la mesa situada delante de la pizarra y dejó el maletín encima.

–Buenas tardes. Soy el señor Fermatt, el sustituto de la señorita Smith. Aunque no os incumbe, os diré que antes daba clases en la escuela de Glanchester, pero he tenido que irme y, bueno, aquí estoy.

–Lo habrán echado por vestir como un fantoche –comentó un muchacho de la última fila.

El señor Fermatt lo miró.

–Interesante observación, viniendo de alguien que parece haber heredado la ropa de su hermana pequeña.

El comentario provocó un estallido de risas, pero el señor Fermatt seguía muy serio, así que cesaron enseguida.

–¿Vuestra profe de ciencias os ha hablado del eclipse lunar de esta noche? –preguntó el profesor.

Varios alumnos respondieron que no, entre ellos Rose, que sacudió la cabeza enérgicamente.

El señor Fermatt suspiró.

–Supongo que las divisiones de fracciones pueden esperar. Veréis: esta noche, como ocurre cada 29,5 días, habrá luna llena.

–Qué diver –gruñó una chica de la segunda fila con sarcasmo.

–¿Te quieres callar, Patricia? –saltó Rose–. Está explicando algo.

–Por eso no le caes bien a nadie –espetó esta.

–Si la sesión de melodrama ha terminado, querría continuar –dijo el señor Fermatt. Todos callaron–. El caso es que no será una luna llena normal. La Tierra se interpondrá entre el Sol y la Luna, que quedará en penumbra. Una penumbra rojiza, porque la poca luz que recibirá estará filtrada por la atmósfera de nuestro planeta. Algunos llaman a este fenómeno «Luna de sangre».

–Mola –dijo el chico de la fila de atrás, con auténtico interés.

–En efecto, mola –confirmó el señor Fermatt–. Así que os recomiendo que no os lo perdáis. Empezará a las ocho y cuarto.

–Qué tío más raro, ¿no? Y no lo digo solo por la ropa –comentó Rusty cuando salieron de clase.

–Pues a mí me ha parecido interesante lo del eclipse –dijo Rose–. ¿Saldrás a verlo esta noche? ¡Yo me muero de ganas!

–Tengo que estudiar para el examen de ciencias –se lamentó Rusty–. A menos, claro, que tú...

–Que no, que no te dejaré copiar –lo cortó Rose, y se alejó por el pasillo para guardar las hormigas en su taquilla.

Rusty, decepcionado, se dirigió a la clase de dibujo.

Pasó junto a una esquina en la que estaba reclinado un chico alto y desgarbado con un flequillo negro largo que le ocultaba los ojos. Se llamaba Jack. Aunque no era nada estudioso ni parecía especialmente listo, aprobaba siempre todas las materias. «A lo mejor él puede ayudarme», pensó Rusty. Se acercó a él.

–Hola, Jack.

–Qué hay –respondió Jack sin mirarlo. No era muy hablador.

–Ya ves... Oye, ¿cómo llevas el examen de mañana?

Jack se limitó a encogerse de hombros.

–Pues yo regular, ¿sabes? –continuó Rusty–. ¿No tendrás por casualidad alguna idea de lo que va a preguntar?

–Ni papa.

Rusty empezó a ponerse nervioso ante tanta parquedad.

–Entonces ¿cómo puedes estar tan tranquilo?

Jack volvió la cabeza hacia él, probablemente para mirarlo, aunque, como no se le veían los ojos, no había forma de saberlo.

–Voy a conseguir las preguntas.

Rusty se quedó sorprendido.

–¿En serio? ¿Cómo?

Jack miró a izquierda y derecha y se inclinó hacia él.

–Sé cómo entrar en la sala de profesores –susurró.

–¡Imposible! Cierran la puerta con llave cuando no hay nadie –repuso Rusty.

Jack se encogió de hombros otra vez.

–Dime cómo entrar, por favor.

–Ya me encargo yo. Luego te paso las preguntas.

Pero la curiosidad se había apoderado de Rusty.

–¡No, dime cómo se entra allí! ¡Quiero saberlo! –insistió.

Jack suspiró.

Cuando sonó el timbre que señalaba el final de las clases, todos los alumnos de la escuela Crowcester salieron en estampida. Todos menos dos.

La cocina del colegio estaba a oscuras cuando dos sombras entraron con sigilo por la puerta que daba al comedor.

–¿Seguro que no habrá nadie? –preguntó una de ellas –. Dicen que el cocinero tiene malas pulgas. Yo no lo he visto nunca, ¿y tú? Es como si nunca saliera de aquí.

–Chiss –lo hizo callar su acompañante.

Avanzaron entre neveras y fogones hasta un gran fregadero de aluminio.

La figura más alta señaló hacia arriba. La más baja y rechoncha alzó la vista. Encima del fregadero, cerca del techo, había una rejilla de ventilación.

–¿Dices que eso comunica con la sala de profesores? –preguntó Rusty.

Jack asintió y se llevó el dedo a los labios para recordarle que no hablara. Luego apoyó las manos en el fregadero y, con un salto ágil, se encaramó a él. Levantó los brazos hacia la rejilla y la desprendió con cuidado de la pared. Tras depositarla con suavidad sobre una encimera, se agarró de la abertura que acababa de dejar al descubierto y se aupó para introducirse en ella.

–¡Eh! ¡Que yo también quiero subir! –susurró Rusty.

Jack negó con la cabeza, le indicó con un gesto que lo esperara allí y desapareció en el interior del conducto de ventilación.

Sin hacerle caso, Rusty tomó impulso para auparse al fregadero.

Jack gateaba por el conducto de ventilación hacia la sala de profesores cuando oyó un gran estrépito detrás de sí. Se dio la vuelta con dificultad en aquel estrecho espacio y regresó hacia la cocina. Cuando asomó la cabeza por la abertura, contempló una escena desoladora.



Rusty yacía boca arriba sobre el fregadero de aluminio, que había caído al suelo, doblado y abollado. De una tubería rota en la pared salía un chorro de agua que empezaba a inundar la cocina.

Empapado, Rusty intentó levantarse, pero aún le dolía todo el cuerpo por los abdominales de la mañana.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió incorporarse y ponerse las gafas, que se le habían caído.

Rusty se encontró frente a un rostro de pesadilla. Enmarcado por una desordenada maraña de pelo gris, tenía la frente y las mejillas surcadas de unas cicatrices abultadas de color morado. Dos ojos saltones, uno de ellos inmóvil y vidrioso, lo miraban desde debajo de unas cejas pobladas, unidas en una expresión de rabia. Los labios agrietados se entreabrieron para mostrar una boca con los dientes torcidos y amarillos.

–LO LAMENTARÁS –bramó el rostro espantoso.

CAPÍTULO 3

–¡Te has cargado el fregadero, niño! ¿Lo has visto? ¿Eh? – preguntó el ser monstruoso. Se acercó por el suelo encharcado, chapoteando sobre su pata de palo, y lo agarró del brazo.

–No me haga daño, señor, ha sido un accidente... –suplicó Rusty, aunque enseguida vio que el hombre no quería hacerle nada, sino ayudarlo a levantarse.

Luego fue a cerrar la llave de paso y dejó de salir agua de la cañería rota.

–Pero ¿qué hacías en mi cocina, mocososo fisgón? ¿Eh?

Así que no era un monstruo, sino el cocinero legendario a quien nadie había visto.

–Pues... Verá...

–¿EH? ¿EH? –lo apremió el hombre, sacudiéndolo por los hombros.

–Quería la receta de esas albóndigas tan buenas que nos dan para el almuerzo –farfulló Rusty.

Era mentira, por supuesto. Las albóndigas estaban malísimas, y todo aquel que las comía acababa con aliento a ajo durante días.

Pero dio resultado. El horrendo rostro se iluminó con una sonrisa.

–¿Quieres aprender a cocinar mis albóndigas en salsa de coliflor, pepinillos y caracoles?

–Sí... Pero otro día, que ahora tengo que irme.